

España dijo sí

España dijo sí, le dio el sí a la democracia. Que nadie se apunte el éxito porque éste corresponde íntegramente al pueblo español. Es una necesidad sentida, como se dice hoy en terminología sociológica. El pueblo español, los españoles desean, deseamos, la democracia. Sólo así cabe interpretar que los oídos prestados a los cantos de sirena que preconizaban el no y la abstención fueran tan pocos.

El Referendum del miércoles pasado, y sobre todo sus resultados, ha sido la confirmación de una sospecha. La confirmación de que el pueblo español está en esta ahora alejado de los extremismos del tipo que sean. Quieren los hombres y las mujeres de España iniciar un camino hacia nuevas formas de participación y entendimiento, que nos lleven a terreno alejado definitivamente de cualquier dialéctica que no sea la del diálogo y la negociación.

Ya sabemos que muchos van a decir ahora que no hubo igualdad de oportunidades publicitarias para quienes preconizaban la postura abstencionista o del no, con respecto al machaqueo que ha debido aguantar el país estos últimos días, recomendándole que metiera en la ranura de la gran urna en que se convirtió la nación, su sí. Y no les faltará razón a quienes así digan. Es evidente que ni los partidarios de la abstención, ni del no, por supuesto, han gozado de espacios televisivos en nuestra TV nacional —esa gran amaestradora— para afianzar su postura.

Pero por otro lado, ¿cómo son los referendums en todos los países del mundo, donde se celebran este tipo de consultas populares?. Reconozcamos que no difieren mucho del celebrado en nuestro país el pasado miércoles. Otra cosa serán las elecciones legislativas de la próxima primavera. Aquello ya deberá ser otra cosa. Estamos convencidos de que lo será.

Allí, en las legislativas, poco podrá jugar ya la buena imagen televisiva de Adolfo Suárez. Uno de los grandes artífices de esa gran muestra de civismo que el miércoles ofreció al mundo nuestro país, España.

HABLANDO
EN
PLATA

La gran lección del pueblo

La jornada del referendum nacional pasó y no dejó una muy importante lección de cara al futuro.

Pese a la campaña abstencionista que embadurnó calles y plazas, promovida por los comunistas, pese a la vergonzosa claudicación de partidos moderados de la izquierda que, por no molestar a los de la hoz y el martillo, adoptaron una postura ambigua que llamaba a la confusión, pese a la poco decidida actuación de muchos medios de información, pese al boicot que a última hora se detectó en el reparto de tarjetas para ir a votar —hubo fincas enteras que no lo recibieron, después de haberse comprobado la salida de documentos de la Junta del Censo—, pese a todo, el pueblo votó, saltándose a la torera los escollos que se pusieron a su paso. Y esa es la gran lección que debemos aprender de cara al futuro democrático que, con voluntad de la mayoría, hemos empezado a construir.

Es curioso observar como todo el mundo habla y hace en nombre del pueblo y, a la hora de la verdad, se comprueba que ese pueblo tiene ideas claras y propias. Es el mismo pueblo que hizo largas colas para dar el último adiós a Franco, al margen de banderías, demagogias y cobardías. Es el mismo pueblo que fue en masa a las urnas, desoyendo lo que se le susurraba quedadamente, a nivel de oreja, como un consejo familiar. Y es el mismo que mañana tampoco se dejará manipular por los grupos polí-

ticos que, o tendrán que sujetarse de verdad a la opinión popular, o serán barrios.

La hora de la verdad ha sonado. En adelante ya nadie tiene derecho a esgrimir legítimas representaciones. No hay más legitimidad que la de los españoles. Y como ha quedado claro contra esa voluntad dinámica, no valen ni tergiversaciones, ni terrorismos, ni posturas cobardes. En adelante vamos a ver quien de verdad cuenta con apoyo ciudadano y quien se queda solo con sus amiguetes de la tertulia. Pasó la etapa de las siglas y llega la de la representatividad auténtica.

El pasado miércoles por la noche, en el centro de prensa montado en la Lonja, en Barcelona, un periodista extranjero comentaba extrañado el alto porcentaje de votaciones. Alguien le dio datos de Cornellá, centro laboral muy conflictivo. Un setenta por ciento acudio a las urnas. El hombre meditó y dijo: «Ciertamente, el pueblo sabe lo que quiere».

Y es que una cosa son las cuestiones laborales, para cuya defensa los trabajadores se encuadran en sindicales, y otra la política, en la que cada trabajador quiere independencia para votar lo que crea más conveniente. Ciertamente, el primer paso democrático español no puede ser más alentador. Ahora que los partidos aprendan a estar a la altura y no se empeñen en sintonizar otra onda.

Joan del Vallés